

Javier Sáez Castán

Ilustrador y demiurgo, Javier Sáez Castán ha creado un universo ficcional, un pequeño gran teatro del mundo, donde acontecen pantomimas, batallas, meriendas, exhibiciones caligráficas y exploraciones científicas que nutren nuestra imaginación y sensibilidad

Cosas que se pueden hacer con papel (I)

El pececillo de plata o "*lepisma saccharina*" es un insecto pequeño, discreto, poco atractivo, insignificante incluso como insecto, que se alimenta casi exclusivamente de papel. Ustedes probablemente habrán visto a estos pequeños seres plateados correteando como renacuajos al fondo de un cajón al revisar viejas facturas y multas sin pagar, o en la estantería, al retirar algún añejo volumen de su sitio.

Sin embargo, pese a ser habitante común en todos aquellos lugares donde el papel se acumula y los lectores escasean, no siempre practicó este género de vida. Fue probablemente hace unos trescientos millones de años cuando vio la luz del día (muy poco tiempo, pues regresó pronto a su agujero). Sin duda se distribuyó muy extensamente y apareció en grandes cantidades, y se ha sugerido que los animales de este tipo pueden haber sido los antepasados de todos los diferentes tipos de insectos existentes en la actualidad así como, probablemente, de los archiveros, secretarios judiciales y de ayuntamiento y de todos aquellos acostumbrados a dormir entre hojas de papel.

De hecho, es probable que hubiera insectos primitivos de esta clase cuando el primer pez subió a la superficie terrestre, y que se arrastraran entre las patas de los dinosaurios. Aún así, todavía están con nosotros. El *lepisma* o pececillo de plata puede ser considerado, con toda justicia, un fósil viviente comparable al celacanto. Sin embargo, no sabemos de qué vivió hasta que en el siglo V los chinos comenzaron a producir papel a gran escala. ¿Hacia dieta, y de ahí su silueta menaguada? ¿Buscaba entre las hojas del bosque algún billete de metro, alguna etiqueta, aguardaba el advenimiento del primer expediente? Siendo así, podemos imaginar que su paciencia es casi infinita; no sería de extrañar que acabara por en-

contrar este artículo en fecha no demasiado lejana, en algún rincón húmedo y oscuro y perpetuara su especie una generación más a costa de este mismo papel que usted sostiene.

Pero pese a contarnos entre los admiradores de este agradable animalillo, pese a reconocer que a veces hemos incurrido en la debilidad sentimental de criarlo y mantenerlo en cautividad (viven durante mucho tiempo, a veces más de cinco años y llegan a reconocer la voz del amo y a tolerar su presencia, aunque sin encariñarse en exceso. Por otra parte no son muy prolíficos, ya que una hembra solamente pondrá unos veinte huevos a lo largo de su vida; sabemos que el tenaz pececillo no adivinará jamás que aquí se habló de él y se le honró. Tampoco llegará a comprender nunca hasta qué punto una hoja de papel es, al margen de sus propiedades nutritivas, una invención extraordinaria.

Porque ciertamente eso es lo que es.

Anatomía de una hoja de papel

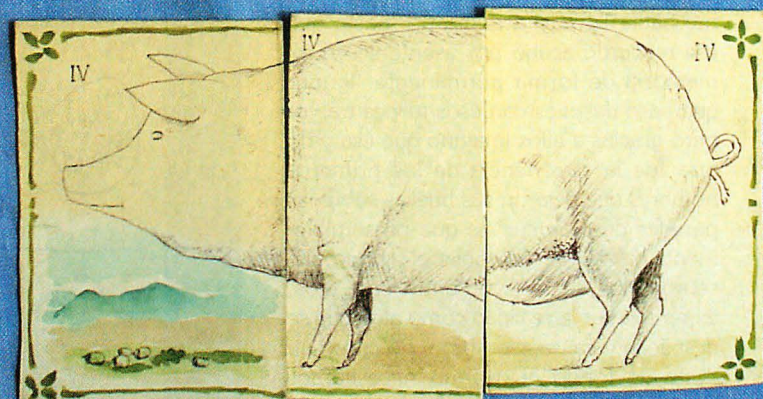
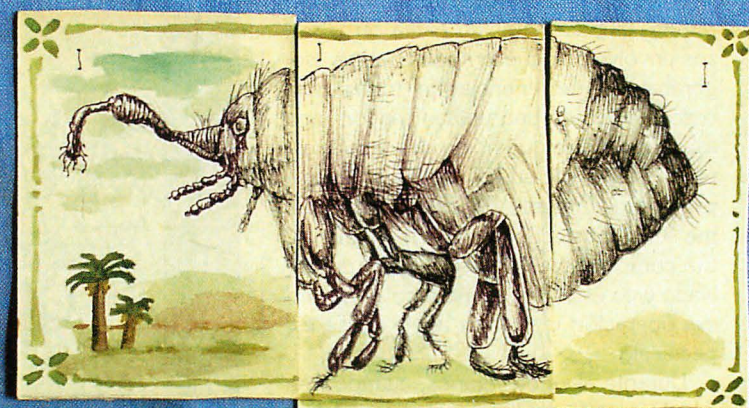
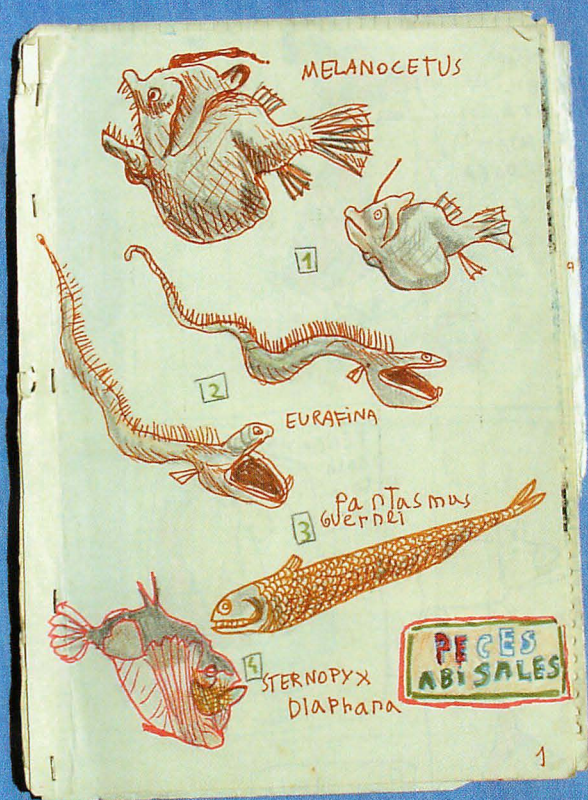
Lo repetiré: una hoja de papel es uno de los objetos más extraordinarios creados por el hombre.

Creo que no es necesario describirla, todo el mundo sabe cómo es.

Sin embargo merece la pena señalar que establece una relación particular con dos importantes órganos de nuestra anatomía: el ojo y la mano. En su vinculación con el ojo nos brinda un espacio para representar cualquier cosa. Allí cabe todo, con tal de que acertemos a representarlo o a contarlo, y recuerda a una ventana, un lienzo en blanco o un escenario teatral.

Sin embargo para la mano la hoja de papel es otra cosa, una herramienta ligera

Las imágenes de este artículo –que tiene vocación de continuidad; por ello el “I” de su título– provienen del archivo personal de Javier Sáez Castán y en ellas podemos apreciar el germen de sus publicaciones posteriores



que obedece al más leve movimiento de los dedos para ser doblada o estirada, apilada en cuadernillos o desplegada. Desde este punto de vista se relaciona con cuerdas y cordeles, con paños y pañuelos, incluso con abanicos.

Es curioso que de ambas posibilidades se deriven dos verbos engañosamente emparentados como son ojear y hojear. Pues ambas cosas hacemos cuando nos aventuramos a explorar un montón de hojas de papel; ojearlas, es decir, otear en ellas o someterlas a un escrutinio rápido, y hojearlas, dejándolas correr entre nuestros dedos con propósito aún incierto.

La combinación de ambas acciones –tal vez una sola, después de todo– nos dice mucho más de un conjunto de hojas de papel que su mera descripción: al ojear/hojear un libro o un legajo de papeles, reconocemos un paisaje nuevo pero también comenzamos a adentrarnos en él, a desplazarnos a través de él.

El uso del papel combina la contemplación y el dinamismo. Así lo entendieron los pintores y calígrafos chinos, al preferir un rollo de papel para insinuar una contemplación en movimiento, a un lienzo rígido y estático.

El papel, por tanto, nos permite estar en él, habitarlo, pues sólo podemos habitar aquel lugar en el que al mismo tiempo

podamos desplazarnos (de lo contrario habremos de reconocer que existe algún tipo de pantalla o vitrina, visible o invisible, que nos aísla de ese otro mundo).

Esa ventana en movimiento que es un libro, comienza su andadura en nuestras manos y a través de nuestros ojos o las yemas de los dedos. Pero este viaje no sería posible sin su vinculación con dos facultades de nuestra mente: la imaginación y la memoria.

A través del papel

He mencionado un viaje a través del papel. Ese viaje abarca la duración de una vida y probablemente la trasciende. Unos papeles conducen a otros, se explican a través de otros; cuadernos escolares, envoltorios de caramelos, cromos de futbolistas, novelas, la Biblia, billetes de tren, barajas francesas y españolas, listines telefónicos, cartas del banco, cajas de detergente, prospectos de ansiolíticos, papeles pintados que se descuelgan como una muda de serpiente... no importa lo diferentes que sean; imaginación y memoria se encargarán de acomodar la imagen de cada uno de estos papeles a la de otros, de descubrir su peculiaridad, de encontrar su secreta semejanza.

Ahora mismo, mientras escribo, sigo viajando. Ustedes también viajan, al menos si aceptan mi argumentación, pues así entiendo el acto de hojear y leer una revista que en este momento están llevando a cabo. Sin embargo, cada viajero que recorre esta estepa de papel debe hacerlo encontrando su propia ruta. Por eso intentaré abordar la historia de mis encuentros y experiencias con el papel en mis primeros años de vida, cuando aprendí todo lo que sé de mi oficio, como si me dispusiera a contarles mi propio viaje; el viajero cuenta lo que sabe, lo que le ha pasado a él, pero habla de lugares que realmente existen y que otros también pueden visitar.

Antes del papel: una pared. Apuntes sobre un muro

Recuerdo haber dibujado sobre una pared, escondido detrás de un armario. Allí no encontré Narnia, sino una realidad mucho más prosaica y cercana. Mi dibujo estaba a muy poca altura sobre el suelo y por eso seguramente no llamaba mucho la atención. Representaba el cuarto de baño mediante una serie de círculos de di-

ferentes tamaños: la bañera, el lavabo, el retrete, el bidé. También había otros trazos envolventes que probablemente aseguraban la pertenencia de todas esas cosas dentro de una unidad mayor, algo así como el aire que nos rodea y que respiramos, aunque su calidad no sea siempre completamente higiénica. Creo que me sentí satisfecho al realizar mi dibujo. Era como si la realidad se hubiera desdoblado y yo estuviera allí para colaborar en esa operación y a la vez asistir a ese espectáculo.

Durante algunos veranos, cuando visitaba la casa donde había nacido y volvía a ver ese dibujo, recordaba el impulso que me había llevado a realizarlo, hasta que ese recuerdo acabó por asentarse en mi memoria de forma permanente. Ignoro qué pasó después con esos torpes trazos, pero gracias a ellos imagino que ésa y no otra fue la experiencia de los primeros hombres que dejaron sus huellas sobre las paredes de esas cuevas que presumiblemente habitaron: desdoblarse el mundo, desenrollarlo de nuevo ante sus ojos, experimentar la realidad como algo que se despliega y causa asombro y no como un ruido de fondo al que no necesitamos prestar atención.

Pero a efectos de su manejo, un muro sólo tiene una cara. Inútil intentar recortarlo, doblarlo, darle la vuelta. Podemos resultar malparados si nos golpeamos con él o, mucho peor, morir aplastados si se nos cae encima. Un muro ofrece una imagen de la realidad casi demasiado real, pero a algunos les ha dado por pensar que la realidad tal vez no sea más que un velo ligero, después de todo.

Recortes de papel

En mi casa había muchas clases de papel. Mi padre era profesor y dejaba caer sobre la mesa periódicos, sobres, papeles con membrete. Una vez me intentó convencer de que era un árbol que guardaba hojas en sus bolsillos y me hizo mucha gracia. Mi madre apuntaba en un cuaderno los gastos de la casa y hacía crucigramas, aunque el cuidado de sus numerosos hijos le dejaba poco tiempo. Mis hermanos mayores disponían de sus propios cuadernos y libros.

En realidad el papel supuso una serie de descubrimientos encadenados que relegaron la experiencia de la pared al olvido virtual:

a) El mundo de papel no era un todo organizado, sino una constelación de fragmentos, un archipiélago.



b) Cada una de esas islas poseía sus propios habitantes autóctonos, capaces de imitar admirablemente bien personas o animales o cualquier otra cosa (dibujos y fotografías) o por el contrario, dispuestos con voluntad férrea a ser nada más y nada menos que ellos mismos (letras y números). La experiencia debió ser digna de grabarse en mi memoria, tal vez a falta de otros sucesos memorables, pero recuerdo con el mismo interés con el que un cazador contempla un rebaño de corzos distantes, cómo aquella extraña tribu de personajes que no querían ser animales ni personas hacía algo: desfilara.

c) El papel mostraba fragmentos del mundo que eran en sí mismo mundos, pero a la vez desaparecían o cambiaban de sitio como leves pompas de jabón, abandonados al flujo y reflujo de los quehaceres cotidianos. Eran ligeros, volátiles, cercanos a lo no existente, pero a la vez capaces de perforar la realidad, incluso con mayor contundencia y nitidez que los garabatos sobre la pared.

d) Por último, todo el mundo rayaba y miraba esos fragmentos de papel, y nadie

parecía tener inconveniente en que yo hiciera lo mismo, de manera que muy pronto y sin salir de casa, comencé a dibujar, escribir y leer.

Los primeros dibujos que recuerdo y conservo, irrumpen en esos territorios extraños como esos anfibios precursores emparentados con el celacanto, que se asomaron a las orillas de los pantanos del período carbonífero; allí, sobre el blando cieno descubren un paisaje de altos helechos, "sigillarias", "lepidodendron", signos más regulares y competentes con los que deberán coexistir. Las nuevas criaturas son torpes, pero tenaces. No parecen sentirse intimidadas y muy pronto se multiplican.

Secuencias de imágenes

Que un dibujo represente una cosa y se relacione con ella, no deja de ser un milagro, aunque pequeño y muy conocido. Que un signo se repita es otra clase de mi-

lagro menos comentado; quiere decir que esa cosa existe allí, en el papel, y que su forma visible es sólo la parte que aflora de algo que vive dentro del papel y que nunca es visible del todo.

Un uno es siempre un uno, un auténtico uno, y cuando lo volvemos a ver, es ese mismo uno en otro momento de su vida. A lo mejor en una ocasión es más esbelto y estilizado, y en otra más dubitativo y borroso, pero lo que percibimos es que se trata del mismo uno que ha sufrido algún accidente, como si asistiéramos en todo caso a distintos momentos de su biografía. Algo parecido sucede cuando nos encontramos en distintos momentos con una persona cualquiera; siempre es la misma, pese a que su aspecto cambia, y no es posible encontrar a esa persona “en estado puro”, fuera de esas variaciones propias de la edad y el momento que la muestran tanto como la ocultan.

Entre un dibujo y el siguiente, entre la página que tenemos ante los ojos y la que no estamos viendo, hay la misma continuidad que conecta los distintos momentos de la vida de alguien a lo largo de una jornada. El tiempo podría interrumpirse o fraccionarse o atascarse, pero por algún extraño capricho prefiere no hacerlo; es

un pegamento universal que conecta todas las cosas con la existencia, pero si es capaz de pegarse a todo sin que nada se adhiera a él, es porque por encima de todo está ligado a sí mismo como si él fuera nada más que esa ligazón invisible.

El papel es ligero, hasta un niño lo puede sostener delante de sus ojos. Tiene dos caras, lo que quiere decir que lo que vemos es una parte de lo que no vemos, y no podemos verlo todo de una vez, sino sucesivamente. Pero al mismo tiempo, damos ese salto casi imposible de una página a la siguiente con la misma audacia con la que el fabuloso Spiderman salta de un edificio para aterrizar en el siguiente, de manera que a veces se nos olvida que entre una página y otra hay algo invisible que nosotros mismos provocamos: el acto de pasar la página.

Hacer historietas me permitió descubrir que unos dibujos se tejían con otros con una argamasa más fina que la tela del famoso hombre arácnido. Sin embargo, rara vez acababa las historietas. Eran un juego que se prolongaba a lo largo de algunos dibujos hasta que se suspendía bruscamente. ¿Formaban una telaraña? No sé, no me parecía importante el objeto en el que se habían convertido. Eso lo descubrí más tarde.

Libros

El primer libro digno de tal nombre que escribí/dibujé, fue *Robinson Crusoe*. No quiero decir que yo haya sido el único en escribir ese libro, pero ciertamente lo escribí, lo dibujé y lo que es más importante, con ayuda de mi madre lo encuaderné; no hay la menor exageración en esta última afirmación: a mis ojos, lo verdaderamente importante en el libro era el hecho de que estuviera cosido y encuadernado, como si al afirmarse el vínculo entre sus propias hojas se hubiera hecho independiente de la realidad a la que había pertenecido hasta entonces, la realidad de los papeles y lápices sobre la mesa del comedor.

Una vez encuadernado, *Robinson Crusoe* se convirtió en un objeto nuevo que tenía indudablemente relación con los hechos que contaba y las imágenes que mostraban esos hechos. Pero era algo más: junto a esos hechos, era la puerta que llevaba a ellos o la caja que los confinaba en una realidad ajena a la mía propia, y estas propiedades insulares del libro tal y como yo las percibía, eran lo verdaderamente significativo, como si no fuera tan importante que hubiera un Robinson Crusoe en



Soluciones integrales en informática documental y servicios de información

Empresa especializada en análisis, gestión y tratamiento de la información ofrece:

Programas de gestión para recursos de información y documentación

Asistencias en catalogación, digitalización y organización de archivos, bibliotecas y centros de documentación

Organización de cursos en tecnologías de la información y la documentación

Desarrollo de aplicaciones a medida de gestión documental en tecnología. NET

Servicios de alojamiento y gestión de dominios

Preparada para adquirir el compromiso que nuestros clientes requieren

MADRID
Pedro Teixeira, 9, esc. dcha. 3º D.
28020 Madrid. T 91 598 35 84
www.sibadoc.es
info@sibadoc.es

VIGO
Sanjurjo Badía, 130
36207 Vigo. T 670 910 841
www.sibadoc.es
info@sibadoc.es



una isla como que hubiera naufragado dentro del libro que yo había hecho.

Supongo que me gustaba inventar historias, pero no tanto como hacer libros: libros de viajes, de aventuras, de Historia Natural, de cualquier cosa.

Papiroflexia

El papel se desparramaba en todas direcciones y ofrecía posibilidades que iban más allá del acto de pasar páginas. Iniciado por mis hermanos, aprendí a hacer aviones de papel que invadieron un colegio vecino y un artefacto mucho más útil, el ruidoso “soplamos”, para el que no se requería licencia de armas. El cielo/infierno y la pajarita siempre se me resistieron, pese a haberme criado a los pies de dos de ellas de gran tamaño. Leí la triste historia de Sadako y sus grullas de papel, pero no sentí tentación alguna de imitarla. Por el contrario, conocí indirectamente la gran obra del doctor Solórzano a través de un libro de papiroflexia, admiré el retrato de Unamuno con “el pájaro sabio”, ese verdadero genio tutelar de las alturas metetarias, y animado por estos ejemplos adquirí cierta pericia en la confección de ranas de papel. Esta clase de batracios ha desaparecido completamente de mi cajón, pero supongo que todavía habitan en la comarca de La Bureba o en el Burgo Ranero. Con la ayuda de Samuel Alonso he localizado un pariente subterráneo, urbano y de extremidades atrofiadas en el metro de Madrid. Es tal vez, como el ajo-

lote mexicano, un raro caso de involución evolutiva, aunque no sé qué demonios quiere decir esto.

He abandonado completamente esta clase de ocupaciones, pero al menos aprendí que el papel es algo que se puede doblar, como una esquina.

Álbumes de cromos

Algunos libros cuentan historias a través de imágenes, y eso quiere decir que son capaces –somos capaces– de relacionar sus imágenes en orden sucesivo. Otros, sin embargo, son meros muestrarios, como si se tratara de zoológicos en miniatura o de jardines botánicos de bolsillo. Durante muchos años, fueron precisamente estos libros a los que más atención dediqué y, ahora lo pienso, fue así precisamente por la relación que establecen con el lector, más cercana a la barraca de feria donde asistimos al milagro de lo eternamente diferente que a la representación de una historia.

Esta clase de libros de estampas o de “vedutti” prestaba especialmente atención al dispositivo en sí mismo. La posesión del libro, el acto de cerrarlo y guardarlo es maravilloso en la medida en que podemos desplegarlo de nuevo. Es como jugar a hacer pompas de jabón.

Sin embargo, la maravilla sería mayor si el prodigio pudiera mostrarse, modificarse hasta cierto punto, renunciando su autonomía respecto a nosotros al otro lado del dispositivo. Fue así como comencé a ensayar con

muestrarios susceptibles de recombinarse, paisajes o animales contenidos en una caja, que podían disponerse sobre la mesa formando nuevas imágenes. Igualmente me interesaron rompecabezas, tangrams, juegos de naipes y de tablero y cualquier otro conjunto de piezas de papel capaces de desplegarse para formar imágenes del mundo.

Los caminos avanzan en línea recta, pero los jardines disponen de numerosos senderos que debemos recorrer formando diferentes patrones; hay una famosa araña de jardín, pero el jardín entero ¿es acaso una telaraña?

El Animalario Universal del profesor Revillod

Menciono este libro, imaginado en colaboración de Miguel Murugarren hace algunos años, mientras hojeábamos una vieja revista que nos puso en contacto con el sabio y su Instituto, porque viene a suponer una síntesis de todas aquellas cosas de papel con las que me entretuve; los viejos libros de grabados, los cromos de Historia Natural, los juegos de cartas.

Ustedes pueden hojearlo solos o en compañía de sus hijos e imaginar otras muchas cosas, y me parecería fantástico que en algún momento, pasado o futuro, este libro sirva para alumbrar nuevos viajes, nuevos descubrimientos, mientras un “carfante” de dos metros se asoma a curiosear por encima de su hombro.

Aprendí todas estas cosas sobre el papel y los libros, como si se tratara de un accidente. La escuela, el sistema educativo, no hicieron mucho porque afloraran, pero tampoco estorbaron. Nada tengo que objetar; sé que el valor de estos artilugios frágiles y con tendencia a amarillear, con los que entretuve mis días infantiles, es muy relativo, incluso anacrónico. Se trata de fósiles culturales que florecieron antes del desarrollo de la tecnología digital y aún del propio cine, y me pregunto si simplemente persistirán durante un tiempo como los celacantos, vinculados a formas de lectura privada y al disfrute de un espacio y un tiempo domésticos, hasta que la Comunicación Global en Red a Gran Escala acabe por barrer todos esos inútiles entretenimientos como una gran ola, como un gigantesco aquí y ahora.

No me considero un nostálgico. Hay que asumir los hechos: puede que el papel algún día desaparezca.

Pero, entonces, ¿qué comerán los lepismas? ◀▶